

ño del alma. Aquel la humilla rudo. Este restañe las heridas, clementemente.

Mientras el uno recuenta los dineros ganados la noche anterior en el pueblo que moría de murria y su compañero curó, el otro va llenando los oídos de la nómada con la narración sutil que le dijo en secreto la noche, la noche que se expresa con rumores, gesticula con el ademán de las nubes y ríe con la claror de los astros.

Rueda el carro saltando en los pedrones. El bochorno aumenta conforme se ensancha el día. Colombina tiene sed. Está ahogándose. Entonces bajan ambos hombres a la busca del riachuelo que rompe la monotonía del camino. Arlequín por premura recoge el licor en las manos callosas. No así Pierrot que por primor cortó un lirio de los campos y ascendiendo entre las malezas de una vereda imposible, ofrece el segundo su líquido. Ella desdeña las manos del querido y toma el agua del amante. Un rayo se retuerce a este punto en los ojos de Arlequín. Ha concebido la venganza. Pierrot lo nota pero no intenta hurtarse; no teme: sabe que nadie le ha de arrebatarse la felicidad que consiguiera en medio de su desgracia.

Llegan a una gruta. Allí Arlequín advierte al compañero que debía entrar hasta el rincón más oculto a recoger ocre destinado a pintar los carteles. Así fué. Entre tanto Pierrot escarbaba las entrañas de la tierra, el enemigo hizo rodar un peñón pesado como la vejez, grande como la voluntad, hasta cubrir la boca de la cueva.

El carro continuó luego tropezando y bamboleándose; de adentro salía un sollozo semejante a un delgado hilo de agua.

Muchas veces salió el sol sin que Pierrot lo viera. Encerrado en aquel socavón, fué presa de extraña locura. Dió en imaginar que una flor pendiente de una grieta era Colombina, la amada: y era flexible y armonioso, el cáliz, el talle; y era vaporosa y ondulante, la corola, las faldas; y eran, breves y delicados los pistillos, los

pies; era el aroma, el decir ameno y embriagador.

Al fin la flor se marchitó. Pero Pierrot, antes que lamentarse, repetía:— Se ha ido, volverá después. Volvió; murió de nuevo. Y el enajenado seguía repitiendo: se ha ido, volverá después.

Al cabo de algunos años el carro de Arlequín y Colombina cruzó otra vez el camino, frente a la gruta. Ella escapó. Por una endrija que supo encontrar, llamó a Pierrot.

Repuesto de la sorpresa, después de varias preguntas, él le pidió que lo sacara. Afuera, y mientras huían juntos, hizo saber Pierrot a la amante que jamás había quedado solo, pues que en el aislamiento forjó de la ilusión una realidad, y cuando esa realidad le abandonaba, restábale la esperanza: al idealismo no hay castigo capaz de amilanarlo, y la envidia que lo persigue será siempre la víctima en su intento de ser verdugo.

La envidia! La envidia! El vocablo resonó con treinta ecos en los oídos de la bohemia.

La envidia!

La envidia es la enemiga del ensueño. El envidioso es cárcel de sí mismo. Cae a menudo, puesto que tropieza en todas partes, y para levantarse imita al clown, que cuando está en el suelo tira del amplio ropaje con la zurda. Nada hace en la vida. Carece, por irresoluto, de relieve. En su afán desorientado de imitar, sigue las huellas del loco que pintara el filósofo, que iba desnudo por las calles, llevando una pieza de tela sobre los hombros en espera de la última moda para vestirse. No es un hombre. Es un mal reflejo. Aparece, remedando grotescamente en el fondo del espejo donde se asoman los verdaderos conscientes. El remedo le resulta siempre simiesco: su ansia no lo conduce a ser una realidad, sino a parecer una sombra, porque prefiere fingir, a existir. Jamás vuelve los ojos hacia adentro. Sabe que en su interior encontrará muy pocas fuerzas. Y éstas las mide siempre al rasero de las ajenas. No va más allá de cero su valor intrínseco. Pero él tiene el tacto